

Una muerte en La Uribe



Juan Pablo Bonilla*

juanpb1983@gmail.com

Al clarear el alba se perfila nítida la cresta de los cerros orientales a cuyas faldas ha estado tendida la ciudad de Bogotá durante los últimos 469 años. Llegando a la altura de la avenida 170, la última por su orden de aquellas vías que cruzan de extremo a extremo la ciudad, esas montañas están divididas entre el rojo tierra de los barrios de invasión que se han establecido allí y el jade oscuro de los bosques que aún sobreviven, siendo su línea divisoria tan recta como sólo la mano de la ley la puede trazar. Se ven también los vacíos arenosos de las canteras y sus ríos sin agua, ahora navegados por camiones que acarrean la arena con la que se construyen las casas de los ricos y los pobres que comparten de forma extraña esta porción de la cadena montañosa de Cundinamarca.

Esa es la vista que se tiene desde la entrada de la calle 172 donde hasta un día de mediados de marzo Manuel Espitia vivió en compañía de su madre. Salió a las 10:00 a.m. de aquel día, el último de su vida, sin mayores preocupaciones ni otras presiones que las relativas a su trabajo y a la relación que llevaba con una mujer separada, quien estaba recibiendo toda clase de amenazas de su ex esposo desde hacía unos días.

Empezó a caminar calle arriba tal vez pensando en ella, o tal vez dejaba volar su mente por aquel barrio, su barrio, y en las cosas que habían cambiado durante los últimos diez años en los que su vida había transcurrido allí. Como la cancha de microfútbol, donde habían quedado anotados algunos goles olvidados por muchos. Ahora los obreros e ingenieros del Distrito habían borrado este espacio y prometían trasladarlo a media cuadra de ahí. Tampoco viviría para anotar un gol en aquel espacio reformado.

▷▷ * Escritor y digitador, con una novela en la blogosfera (*Flores para Irma*, puestodecombate.blogspot.com/) y dos inéditas.
Taller de Usaquéen.

La calle 172 y sus planchas de concreto habían resistido el peso continuo de los camiones insaciables que hora tras hora, día tras día, extraían muebles modernos de toda índole fabricados allí mismo, justo frente a su casa. Una muestra más de la irrupción comercial en un sector planeado como área residencial.

La frescura propia de la mañana estaba armonizada por el constante tráfico de personas que abandonaban sus casas en dirección a la avenida 170 o a la Autopista Norte. Ya entonces los comercios de esta calle estaban recibiendo sus primeros clientes. La carnicería, el café Internet, la típica tienda esquinera, el minimercado de los paisas, con todo y su eterno reguero de vainas de arveja, tallos de cebolla larga y papas fugadas de sus bultos que corrían hasta la entrada de la única farmacia de todo el barrio abrigado por un alto pedestal de ladrillo con una Virgen en colores siempre vigilante.

El vallenato estridente de la tienda de los paisas y el continuo paso de taxis que abandonan el almacén Éxito quedó atrás cuando cruzó la carrera 22. Tal vez en ese momento ya lo estaban siguiendo, entre aquellas casas que aún se conservan iguales a como fueron edificadas, 30 o hasta 40 años atrás: de una sola planta, de amplias ventanas, puertas en madera y muros blancos bajo techos de teja de barro y canales de zinc. La esencia de lo que parecería un pequeño poblado.

♦ **Salió cadáver de la panadería**

Pasando la esquina, girando a mano izquierda frente una miscelánea está la panadería. Esa mañana Manuel entró como lo hubiese hecho cualquier otro día, como podría hacerlo usted ahora o más tarde; pero cuando salió, tiempo después, fue en compañía de policías y del forense.

Para conocer más acerca de este hecho decidí hablar con quienes lo conocieron; entonces me topé con Azucena. Con su timbre de locutora de radionovela y los finos movimientos de sus manos me explicó que el homicidio del joven Espitia fue un asunto pasional. Aunque no se interesa por los chismes de la cuadra, ella sabe, como otros tantos en el barrio, que Manuel mantenía un noviazgo con una mujer divorciada, madre y ex esposa de un tipo lo suficientemente violento como para ejecutar a aquel que quisiese arrebatarle lo que pensaba era suyo.

A Azucena es difícil adjudicarle una edad; por su aspecto y modales, ponerle o quitarle un año sería un tanto infame. Conserva la elegancia de la madurez, el cabello trigo, abundante y lacio como el de una niña, sobre un rostro tan ajado por el tiempo que si no fuera por el tono dulce de sus palabras generaría miedo. Nacida en otro tiempo, ahora administra y atiende de tiempo completo el café Internet de su esposo; ahí vende minutos de celular y alquila los *X-Box* por horas. Artilugios que no eran de uso común cuando ella llegó a vivir ahí.

Antes que los avatares de la economía trastornaran sus vidas y los enviase a vivir del lado oriental de la gran Autopista Norte, Azucena y su familia habitaban una hermosa casa de

jardín, porche y cochera en medio de Villa del Prado, entre calles por donde se transita a menos de 40 kilómetros por hora, no escasean los parques y el murmullo de los árboles es lo único que se escucha durante la mayor parte del día.

En medio de constantes interrupciones —llamadas a teléfonos móviles de distintos operadores, pago por el uso de redes, impresión de documentos y venta de dulces— ella trae al presente lo que recuerda de La Uribe del pasado: una veintena de casas arrimadas al pie de la avenida; residencias de tono campesino con ventanas de marcos en madera y techos empinados, todo en una nimia cuadrícula de apenas unas calles sin asfalto cubiertas de polvo. El resto del paisaje eran pastos, árboles muy altos y un riachuelo estancado, últimos sobrevivientes de lo que fue una gran finca de descanso.

Tal hacienda, propiedad de la familia Gaitán, contaba además con una enorme casona, propia para vivir fines de semana lejos del mundanal ruido de la capital. Ahora, ni este inmueble, ahogado y barrido por la irrupción de la avenida 170, ni el riachuelo existen. Una iglesia de juguete ocupa la porción de terreno que tenía esa casa y una fila de comercios artesanales está cimentada sobre aquel extinto curso de aguas. Pero entonces, recuerda Azucena, cuando el transporte urbano se negaba a llegar a ese confín de la ciudad, la muerte de un joven a manos del odio y de los celos, no sólo habría sido noticia, sino que habría tendido un manto de horror en quienes hubiesen oído la historia.

De lo que era aquella finca, y las casas pequeñas de pueblo recóndito que la habitaron cuando los predios comenzaron a ser vendidos, a lo que es ahora, una barriada más, arrinconada entre dos arterias vehiculares, poco queda, y los últimos vestigios de su pasado lucen proclives a la extinción. Las amenazas vienen de todos lados.

Orquídeas, Toberín y otros parecen la vanguardia, que desde el sur han traído sus enormes fábricas, depósitos de material y talleres para autos. Los mega-almacenes sobre la autopista, junto al Transmilenio, flanquean el barrio por el occidente, y los hervideros humanos de Verbenal y San Antonio cierran su retaguardia. Estas tres fuerzas no avanzan, sino que se cuelan y corroen La Uribe.

♦ Un no lugar...

Nada de esto es nuevo, ni creo que impresione al lector. ¿Qué decir frente a la expansión de la ciudad y su imparable derrame carente de orden y estética, sobre sectores antes sólo ocupados por hatos y pinos? Nada; qué le vamos a hacer. Así como la montaña, antes boscosa y fértil, ahora carga un parche arenoso producto de la explotación de su suelo, el norte, el extremo septentrional de la capital, fue inundado de constructores de toda índole, y entre la legalidad y la ilegalidad dejaron un sector donde conviven los conjuntos residenciales, con sus rejas de dos metros que encierran parques y naturaleza planificada, y las cuadras sin pavimento, donde el tendido eléctrico parece una intrincada red de telarañas, las casas suelen ser de dos pisos con terrazas planas donde el perro familiar atiende y

vigila, y donde cualquier espacio demasiado verde o demasiado antiguo será arrasado para erigir otra caja de fósforos habitable.

Esto en palabras de Lilia, otra habitante del barrio, quien lleva cerca de un año viviendo aquí, trabajando del amanecer al ocaso en su apartamento. Meses atrás, explica, su día comenzaba con la luz del sol invadiendo su cuarto, derramándose desde el momento en que despuntaba sobre los cerros orientales. Ahora tiene que tolerar la presencia inacabada de un feo monstruo de piel de bloque y grises huesos de hormigón armado. Esta construcción, alzada sin miramientos entre casas que no superan los cuatro metros, tiene hasta la fecha cuatro pisos, pero como lo dejan ver las puntas erizadas de las varillas de acero, quizá alcance las cinco o seis plantas, eso si no lo abandonan ante una posible falta de recursos.

Ella sabe más bien poco acerca de las causas de la muerte del señor Espitia, pero, como lo dejan ver sus opiniones, un hecho así habría podido presentarse en cualquier momento, y de seguro se seguirán viendo cosas así a medida en que todo rastro de identidad se evapora como pasa cada día en tantos puntos de la capital.

Si, el barrio se ha dañado. Lilia cuenta haber conocido La Uribe muchos años atrás; en los días en que visitaba una casita de techos empinados conocida como 'el avión', lugar que resguardaba el transmisor de una emisora ya en decadencia conocida entonces como La Voz de la Víctor fundada por Manuel J. Gaitán, traída de fuera por la RCA Victor a finales de los años veinte.

Ahí donde ella recuerda haber presenciado la emisión de diversos programas, se encuentra ahora un Café Oma, una pieza más del complejo comercial del almacén Éxito Norte. La llegada de este coloso de las grandes superficies significó también la popularización del sector. Frente a sus puertas los vendedores ambulantes empezaron a florecer de la misma forma en que se expande una mancha en el intersticio de un muro afectado por la humedad. Pero no fue este un golpe surgido de la nada, sino la respuesta del comercio ante el despliegue de conjuntos residenciales planteados en la búsqueda expansiva de algunos por encontrar espacios más abiertos, la cada vez más solicitada vegetación, el aire puro y el silencio.

Con el tiempo llegaría Transmilenio y sus planes de dejar a toda una ciudad conectada por líneas de concreto y buses articulados de uniforme rojo. Con la certeza de que la ciudad termina en la avenida 170, los planificadores urbanos del Distrito ensamblaron el Portal Norte en la calle 173; tendieron un gran puente colgante e hicieron de aquel punto de la Autopista Norte un no-lugar, un punto de paso, de entrada y salida; aunque también de llegada: venidos desde disímiles estaciones llegan los viajeros intermunicipales a interceptar a las rutas que salieron del lejano Terminal de Transportes, y que tienen en estas calles finales de la localidad de Usaquén su última estación de parada.

Viajeros, de todo lado; surgidos de sólo ellos saben dónde. En hordas los fines de semana semejan una procesión inmóvil. De sus pies a sus hombros hay maletas, maletines, bol-

sas, costales e incluso cajas de cartón atadas con cabuya. Unos agotados y con ojos hinchados; los más jóvenes, alegres y parlanchines descansan entre los leños ordenados de un fuerte para niños tan descolorido como los últimos arbustos bajo los que se amparan los vendedores de minutos a celular, siempre equipados con media docena de teléfonos y tres o cuatro clientes alrededor.

Así el senderista de fin de semana espera a medio metro de la vendedora ambulante de San Victorino, a dos pasos del campista que viaja al gran lago, equidistante entre el reo liberado que va de regreso a su pueblo y el soldado de permiso con los minutos contados. Todos pendientes de la llegada del Omega, la Berlinave o la Gacela.

No hay pausa aquí entre arribos y fugas, al menos hasta la hora en que el Portal se cierra, y entonces la ciudad se cierra un poco y la orquesta de acomodadores, vendedores de minutos, proveedores de perros, pizzas y arepas se callan y se largan. La constelación de basuras regadas en torno a las bases del puente es la estela dejada por los trabajadores de un epicentro comercial que no pertenece a nadie.

...donde la muerte no significa nada

La vida, claro está, no se detiene. Aunque los articulados rojos ya circulen y el gran almacén Éxito tenga sus muros sumidos en la oscuridad, una percusión sin nombre fluye por los corredores de La Uribe. Es la 172A, la tercera calle del barrio, donde el concepto de 'comercio' está expresado sílaba por sílaba en menos de setenta metros que van de la Autopista a la carrera 22B; donde están apeñuscadas diez tabernas hermanadas por el sello y los colores del gigante emporio de las cervezas. Ahí en cada una el número de mesas puede cambiar, no así su color amarillo nacional y dos provocadoras botellas ilustradas. Las rockolas —computadores baratos enclaustrados entre láminas de triplex— pueden reproducir igualmente a *Metallica* o a Poncho Zuleta. Bajo los avisos luminosos producidos en serie con la variante única de sus títulos, se sientan taxistas, obreros, policías, cajeros de banco, loteros o los chicos que están hartos de visitar los estrechos antros donde se paga *cover*, se bebe caro y se tiene que tolerar el vaho de la marihuana, la coca y el “popper”.

Por aquí la actividad no cesa, ni aún en domingo, ya que siempre habrá gente con deseos de apuntarse de tres a diez cervezas, y las noches en el barrio estarán siempre recorridas por sombras que se ocultan, que vigilan o que se protegen.

En este sentido el cerco está también cerrado al sur. En jueves, viernes o sábado, cuando se avanza por la carrera 19, ya sobrevenida la noche, se queda uno en el semáforo de la avenida 170 bajo la luz ácida del verde neón. En este punto funcionan seis bares-discoteca con reflectores que ahuyentan los fantasmas de los callejones industriales de Toberín y atraen tanto a hombres como a mujeres de distintas edades, ávidos de rumba, al igual que a esos que pretenden negociar o intercambiar toda clase de mercancía, ocultos en medio de los futuros clientes, los cerilleros, del personal de *staff* —seguridad— y las esquinas a

donde no llega la luz ni la vigilancia de los policías que están obligados a permanecer allí debido a la amenaza inherente a estos sitios.

Pasan los policías, pasan las personas, pasan los trasnochadores y pasan también los desconocidos. El delito común ha aumentado en el barrio La Uribe, y eso ya no sorprende a nadie porque ésta es igualmente la tierra de nadie. Un punto de vista infinitesimal o un corredor de paso bien simbolizado por el puente colgante del Portal.

Eso es lo que ven sus habitantes, o al menos quienes aceptan verlo. Y el ciclón que aplastó la identidad del barrio no será un problema para nadie sino hasta el día en que a cada uno le toque chocarse con esa realidad, como le sucedió a Manuel Espitia, quien según los testigos no entró como cliente a la panadería esa mañana, sino como un hombre perseguido. El desconocido que lo acechaba entró tras él, lo atrapó, lo sujetó y con la afilada hoja del cuchillo le rebanó de un tajo grotesco la garganta antes de hundirle completamente el arma entre un pulmón en escasos segundos en que este ex esposo descargó toda su ira.

Los curiosos no tardaron en rodear el cenagal de plasma carmesí. Se realizó el levantamiento y se llenaron las actas de rigor. El revuelo no fue mayor porque la historia de trasfondo era, y sigue siendo, un asunto familiar que se pasa de una boca a otra con cada vez menos detalles. Un relato de violencia pasional en la que faltaron las detonaciones de un arma de fuego o la trepidante persecución en pos del asesino. Nada; tan sólo una muerte más en este nuevo siglo en que estamos tan acostumbrados a todo; en una ciudad donde cada uno de estos hechos es una mera anotación en un libro de estadísticas; en este barrio ya sin eje y sin memoria donde la muerte de una persona ya no significa nada, tal y como me lo dijeron en cuanto planteé el tema para hacer esta crónica. Y ese, ese cuerpo inerte, anónimo para todos, en el piso de un establecimiento del montón, y el poco peso que puede tener para el interés colectivo, es el más claro signo que nos muestran los tiempos en que vivimos.